

Lengua Madre

MARÍA TERESA ANDRUETTO

Buenos Aires, Mondadori, 2010

Muchas son las maneras de acercarse a un texto como el que aquí reseño. Podría empezar hablando, por ejemplo, de este título polisémico con el que la escritora cordobesa María Teresa Andruetto ha decidido trabajar literariamente lo que, críticamente, la ha llevado a realizar talleres e incursiones periodísticas varias –buen ejemplo de ello es la simbiosis que realiza de esta doble dedicación en un blog de creación reciente: <http://narradorasargentinas.blogspot.com/>–, a saber: el trazado de un linaje que, transmitido palabra a palabra, nos habla de un saber *otro*, femenino y ancestral, cuya línea de fuga pasa, precisamente, por el uso subversivo de ese supuesto saber masculino que es el logos y lo simbólico. Podría empezar sugiriendo, digo, la apertura de las significaciones que el título impone: porque la lengua madre es la única e inconfundible, pero también la que, en el instante de su transmisión, dispone todas aquellas discontinuidades que dibujan la identidad de un sujeto.

No en vano, *Lengua madre* es, ante todo, el relato de un (auto) descubrimiento, un claro y moderno ejemplo de esas *bildungsroman* que en época decimonónica relataban el crecimiento y evolución de un ser en contacto consigo mismo y con su entorno. La diferencia es que la protagonista de esta novela, Julieta, lo hace a través de un gesto, la lectura, que no solo se revela fuente de escritura sino también, y muy especialmente, lugar de encuentro: entre el pasado, el presente y el futuro; entre la historia de un país y la historia personal de aquellos que lo habitan (–“nada informa mejor de un país que esas cartas familiares –anota la voz narradora hacia el final del texto–, esas vidas sencillas dando cuenta de sí”, 225). En definitiva, entre la abuela que es madre para la hija y la nieta, la madre que es solamente hija y la hija que, tras el largo recorrido por las palabras de una y otra, recupera el lugar que le ha sido sustraído por las circunstancias. Y es que, “detrás de las palabras, bien lo sabe, está la

historia y a ella le ha llegado la hora de preguntarse detrás de qué palabras, de qué hechos está su historia” (193). A lo que cabría añadir: porque detrás de cada palabra y de cada hecho está el cuerpo, su cuerpo, aquel que tan pronto se hace espacio de secretos como se revela receptáculo para el conocimiento completo del yo.

Las mujeres de María Teresa Andruetto leen y escriben. Y al hacerlo ponen en marcha una hifología (Barthes, 1973: 85-86) que no clausura el sinfín de textos que manejan, sino todo lo contrario: los instala en una dinámica de interconexiones que, al mismo tiempo, los vincula estrechamente a esa mortífera tela de araña en la que, al decir de Roland Barthes, “(...) el sujeto se deshace, igual que una araña que se disuelve ella misma dentro de las secreciones constructivas de su tela”. ¿Qué sentido podría tener, si no, la articulación de la enfermedad de la madre con la progresiva inscripción de Julieta a esa “(...) genealogía de la que es parte” (155)? No es solo que, como parece indicar la voz narradora, la disposición a conciencia de las cartas por parte de una madre en estado terminal la obliga a un encuentro *post mortem*, sino que, de algún modo más sutil, la

lectura de las mismas la conduce a una suerte de auto-biografía.

Y separo ambos términos con plena conciencia, puesto que *Lengua madre* tiene tanto de la recuperación autobiográfica de estas tres mujeres que son una y tres a un mismo tiempo, como de relato biográfico al bies: el de la voz narradora que, en cada una de sus palabras, denota el pulso de una escritura nacida de un deseo personal –intersectado éste en el pensamiento de Julieta cuando se confiesa que su elección por la Escritura de Mujeres como tema de tesis tiene tanto de experiencia propia como de necesidad intelectual (41-42)–, pero también de esta Julieta doblemente lectora –aunque obligada– de las cartas de su madre y abuela, y de las novelas de una Doris Lessing comprometida con su ser mujer y, además, mujer escritora.

Entre el trabajo crítico que la recoloca en la esfera de lo metaliterario y el oficio escritural –resumido, quizá, en el homenaje y la deuda a que apuntan las palabras de la autora inglesa en su última entrevista –¿real, ficcional?– con Julieta: “*Es poco probable que se escriba con cierta profundidad si se tiene un temperamento diametralmente opuesto a lo melancólico*” (192)–, la novela de la cordobesa se revela así como un

buen ejemplo de escritura epistolar, elegíaca y premonitoria, órfica y sibilina. Los tres personajes —cuatro si contamos esos hombres que permean el relato como sombras que acompañan y, a veces, iluminan el camino real— se retroalimentan, en un ejercicio de desposesión y restitución que acaba afectando a la estructura misma de la novela, concebida entonces como un flujo de confluencias que no dudan en manifestar el haz del envés. Esto explicará, por ejemplo, la mezcla de distintos registros: el literario, concebido a modo de narraciones epistolares; el fotográfico, entendido como un para-texto del anterior; y, por último, el fenomenológico, construido a partir de las pequeñas incursiones de los dibujos hechos por la mano de una niña (134 y 170) o de la cartilla de escuela del abuelo de Julieta (139).

Novela amena y entretenida, *Lengua madre* se descubre así como una de esas pequeñas joyas que la literatura contemporánea acostumbra a brindarnos a modo de regalo. Avalado por el recorrido vital y profesional de su autora —cuya dedicación, lo señalé al principio, se divide entre el ejercicio propiamente literario y otro más crítico o educacional—, su lectura deviene hoy día una riqueza a añadir a la

biblioteca de todo aquel interesado en establecer con la palabra escrita una relación de amistad y de continuidad.

Núria Calafell Sala